

IV

Mi padre el rey deambula por el páramo
 (su ropa cuelga de la gastada luz)
 y aunque sabe que ya está tendida la celada
 va grabando en los torcidos arbustos
 las señas que lo guíen de regreso.
 Todo lo ha visto y todo lo ha olvidado dos veces.
 Ayer hablaba a la entrada de los populares almacenes:
 «Oh, hijos naturales del siglo,
 embrutecidos por la Imagen...
stat crux, dum volvitur orbis...»
 Los ojos ávidos de otros ojos
 y la sonrisa que pliega el mapa del camino
 en un rostro que nunca volverá a los espejos.
 «Yo soy el camino»,
 y extiende sus manos laceradas
 ante la multitud educada en los noticieros de la tarde.
 Suyos son el cuadrado, la vertical y el triángulo,
 el agua feral del sacrificio y el timón de la dorada nave.
 Y a nadie logra redimir de su banalidad.
 Así lo he visto,
 perplejo en sus poderes,
 junto a las vías del metro,
 con una lata de expirada jamonada
 sobre una hoguera de viejos índices de la Bolsa.
 «Resurge y vence»,
 sermonea sin convicción.
 Los discípulos ateridos en cuclillas
 y la mirada extraviada en la estepa de concreto.
 Un nervioso guiño al levantar el cáliz
 antes que la policía irrumpa con máscaras de cirujano y guantes de látex
 (en Getsemaní no había sida)
 y lo arrastren a los albergues del Bienestar Social.
 La teodicea sucumbe a la estadística.
 Una ducha,
 unas gafas oscuras
 y un cepillo de dientes
 con un mensaje de McDonald's,

mientras el buitre acecha un cuerpo clavado y desclavado
 al dictado de los sondeos de opinión.
 En vano quiso ser uno entre los hombres.
 Si la Revolución Francesa fracasó en Auschwitz
 y Nietzsche solloza ante los fetos acoplados a La Máquina,
 ¿qué ha de morir de su inmortal muerte
 cuando el Hijo de Dios implora ante un funcionario municipal
 por un pasaporte para entrar en su reino?
 «Ha venido ya y está por venir», comenta Juan.
 De la contemplación a la metamorfosis
 domina la tentación y sucumbe a las contradicciones del logos.
 Cayó en las Termópilas sobre el escudo de Esparta, a pesar de ser
 [un ciudadano de Tebas.
 A sabiendas de que perdía su alma,
 tomó la tea del inquisidor bajo Carlos V
 para salvar una idea de Europa que pudo salvar al mundo.
 Es el maletero de un hotel de Calcuta que ha vuelto a ser
 [Siddharta Gautama
 y desea que ninguno propague su doctrina.
 Exiliado de la divinidad,
 no merecía otra restauración cósmica
 que el derecho a vivir al margen.
 Expiación infinita
 en rebeldía infinita,
 su humanidad no puede ser neutral.
 Cerrados los cielos
 ha de cumplir su metáfora,
 (aun a regañadientes)
 y revelarnos al Hombre Interior:
 indivisible en su radical dignidad.
 Uno en la Palabra.
 Uno en el Amor.
 Uno en el Ágora.
 Para esa revolución ya se afilan los cuchillos.
 Temblad, Celadores del Préstamo, Hacedores de Opinión,
 [Traficantes de Energía,
 cuando la espiral se expanda hacia el origen
 y el rebaño retorne de la circunferencia al centro.
 Ah, ya no escucharéis hablar de las tasas de interés ni las primas
 [del seguro.
 Ah, ya vuestros hijos no serán castrados en sus juegos.

Y hasta esos manicurados inconformes que cobran por escupir
[su goma de mascar ante las cámaras.
(Prometeo encadenado a su adolescencia)
cantarán junto al manantial el himno austero de las tribus
[primordiales,
cultos otra vez en la ingestión del soplo,
la ascensión del semen
y la unión interna del sol y la luna.
Suya será la Espada y la Balanza.
Pero esta noche lo aguardan los horrores del desierto.
Síntesis.
Clave.
Puerta.
Mañana
(o en tres mil años)
¿quién reclamará el cadáver
de este enigmático extranjero?